

Edilio Mosteo



Materialles para una
Lectio Divina



© 2016, Herederos de Edilio Mosteo
Coordinación: José Alegre Vilas
Diseño: Carlos Muñoz, Virtual&Civán, Zaragoza

Sobre las imágenes:

En la sección “Lectio Divina” hemos recreado la maqueta de los dípticos que preparaba Edilio Mosteo para sus encuentros y hemos mantenido las imágenes que usó.

El resto del libro está ilustrado por pinturas, dibujos y diseños de Edilio Mosteo procedentes de colecciones particulares, salvo las que indicamos su procedencia al pie.

[ÍNDICE]

Prólogo 9

ANTES DE COMENZAR

Antes de comenzar 15
Orar con la Palabra 25
Lectores en la Iglesia de Dios 35
Lecciones desde una celda monástica.
Ron Rolheiser 41
Siete claves de Adviento 47

LECTIO DIVINA

Adviento 57
Navidad 65
Dentro de tus llagas (Carta de Cuaresma) 71
Atrio 77
¡Tángo! (Carta de Pascua) 85
Morir de amor 91
Mirada 97
Ser como niños 103
Son como ellos 109
La oveja perdida 115
Él siente ternura 121
Tu pobreza 127
¿Dónde estás? 133
No uséis muchas palabras 139
Zarza ardiente 145



Retablo en el IES Bajo Aragón (Alcañiz),
donde Edilio Mosteo impartió clases.

[P R Ó L O G O]

En octubre del año 1957 entré en el Seminario Menor de Zaragoza para iniciar los estudios que me llevarían al sacerdocio. Ese año, si no recuerdo mal, iniciamos el primer curso 142 alumnos. En el Seminario Conciliar, así se llamaba, seríamos aproximadamente, entre mayores y pequeños, unos 500 alumnos.

Nos asignaron una cama y un armario a cada uno de los alumnos pequeños en unas grandes salas en las que se nos colocaba por orden alfabético. Detrás de Edilio Mosteo venía Juan José Omella.

Recuerdo que estaba intentando colocar bien la ropa en el armario que se me había asignado. Esa operación la realizaba yo solo con mis 11 años cumplidos. A Edilio le acompañaba su madre, D^a Petra, que me miró y me preguntó: “¿no han venido tus padres?” Yo le contesté: “No, señora, se han quedado en el pueblo”. Me dijo: “Trae que yo te lo pondré todo bien ‘colocadico’ y le dijo a su hijo Edilio: “Mira, sé buen amigo de este chico y ayúdale en todo”. Desde aquel día brotó entre nosotros una estupenda amistad que hemos mantenido hasta que Edilio se fue a la casa de Dios Padre, el día 2 de marzo de 2015.

A pesar de que los estudios de filosofía y teología los realicé fuera de Zaragoza con los Misioneros de África (Padre Blancos), en Logroño, Gap (Francia) y en Lovaina (Bélgica), conservamos siempre tan buena amistad.

Al acabar los estudios eclesiásticos, volví a la Diócesis de Zaragoza y recibí la ordenación sacerdotal el mismo día que Edilio, concretamente el 20 de septiembre de 1970. El Obispo ordenante fue Don Pedro Cantero Cuadrado, Arzobispo de Zaragoza, al que le pedimos que nos permitiese realizar el trabajo pastoral en equipo, juntamente con José Alegre que había sido ordenado sacerdote unos meses antes.

Don Pedro Cantero accedió a nuestra demanda y nos envió a la zona de Daroca, donde transcurrió nuestro ministerio pastoral. Posteriormente pasamos a Alcañiz, en el Bajo Aragón. Y, a pesar de que no atendíamos las mismas parroquias y de que no vivíamos en los mismos pueblos, nos mantuvimos muy fieles al trabajo en equipo, es decir, que planificábamos juntos, revisábamos juntos, teníamos encuentros de oración y compartíamos el dinero.

El año 1990 el Arzobispo, Don Elías Yáñez Álvarez, me nombró Vicario Episcopal de una zona en la ciudad de Zaragoza. Unos años después José Alegre entró en el Monasterio Cisterciense de Poblet, Tarragona, en donde acabó siendo Abad. Pese a ello, la amistad continuó entre nosotros y, de una manera especial, con Edilio que residía en Zaragoza y con el que podía verme más a menudo.

José Alegre, ahora Abad emérito, ha preparado la edición de este libro que tienes en tus manos. Me siento muy contento de poder escribir el prólogo por la gran amistad que tuve con Edilio, sacerdote, director espiritual del Seminario de Zaragoza, durante unos quince años, y acompañante espiritual de muchos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos.

¿Qué puedo decir de este buen amigo y excelente sacerdote? Me limitaré a decir solamente que he sido testigo de la gran obra que Dios ha hecho en su vida.

No dejo de asombrarme viendo cómo Dios le fue cogiendo, seduciendo, poco a poco y, aunque tuvo momentos de resistencia, finalmente se dejó atrapar por Él y vivió una singular aventura de amor que ha reflejado en sus cuadernos de “Lectio Divina” que se conservan de su puño y letra, escritos en los últimos doce años de su vida.

Edilio escribió muchos artículos para periódicos, dio muchas tandas de Ejercicios Espirituales y retiros. Era un gran poeta y un místico. Algunos de sus escritos los encontraréis en este libro.

Querido lector, acércate a estos textos con sencillez y déjate interpelar. Ojalá que puedas descubrir la belleza de Dios que sedujo a Edilio y transformó su vida.

Desde su intimidad con Dios no olvidaba entregarse con delicadeza a los hermanos. Aún recuerdo con emoción cuando fui a verlo los últimos días de su vida. Estaba muy débil. Intentaba comer y no podía. Le daban unas pastillas y no podía tragarlas. Entre todos tratábamos de convencerle que hiciese un esfuerzo. De pronto suena mi móvil y atiendo la llamada, cuando regreso a su lado, con la picardía de quien quiere cambiar de conversación para que no le atosiguen, me dice: “Y tú, mucho atender al teléfono, pero te olvidas de atenderme a mí, que estoy más cerca”. Una forma muy hábil de cambiar de conversación, pero una forma también hermosa de decir que es fácil querer a los de lejos, pero que hay que saber atender a los de cerca. En esa forma de atender a los de cerca Edilio era un experto y entrañable maestro.

Que la lectura de este libro nos ayude a todos a conocer un poco más a Edilio Mosteo Sobreviela, sacerdote seducido por Dios, servidor humilde y sencillo de los hombres.

+ JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA
Arzobispo de Barcelona

Barcelona, mayo 2016



[A N T E S D E C O M E N Z A R]



[A N T E S D E C O M E N Z A R]

La *Lectio divina* practicada desde muy antiguo por la Iglesia de oriente y sistematizada por los monjes cartujos, pertenece a lo más propio de la Iglesia católica. No es una extraña técnica zen ni la última moda de un best-seller de la espiritualidad. Cuando Benedicto XVI la ha recomendado tanto a los jóvenes como a los religiosos ha hecho “*como el padre de familia que saca de su arca cosas nuevas y cosas antiguas*”. (Mt 13, 52) Es uno de los tesoros espirituales que conserva la Iglesia y que está a disposición de todos los cristianos.

Cualquier cristiano puede practicarla, que es como decir que todos los cristianos deberían iniciarse en ella. No es una exquísitez propia de almas escogidas ni un arduo camino espiritual asequible sólo para los más preparados.

La *lectio divina* consiste en orar con la Biblia. Toda ella, desde el Génesis al Apocalipsis, es Palabra de Dios. Esto significa que la Biblia es un libro vivo. No es algo que se escribió en un tiempo remoto por unos hombres más o menos sabios y santos. Es la Palabra que Dios pronuncia hoy para ti. La *Dei Verbum* nos enseña cómo Dios habla “con palabras de hombre”, con esas mismas palabras impresas en tu Biblia.

Y Dios te habla a ti, te habla de tus cosas: de tu marido, de tu trabajo, de tus miedos y angustias, no habla de teorías abstractas o de filosofías moralizantes.

Si has leído *La historia interminable* recordarás cómo Bastián comenzaba la lectura de un libro en el que se iba metiendo, poco a poco hasta descubrir, sobrecogido, que él mismo era un personaje de la historia que estaba leyendo. Y no ya un personaje cualquiera, sino el protagonista. Cuando Dios habla a Abraham o Jesús dia-

loga con la Samaritana, tú eres Abraham, tú eres la Samaritana. En las Escrituras te descubrirás como fariseo o como rey; como prostituta o como el discípulo amado.

Los protagonistas de la Biblia son Dios y el hombre; Dios y tú.

La Biblia es la carta de amor que Dios te escribe hoy a ti.

Y en esa carta de amor, descubrirás –quizá sobrecogido como Bastián– que Dios tiene un proyecto para ti. Un proyecto soñado por Él para ti “*desde antes de la creación del mundo*”. (EF 1,4)

Es tu historia de salvación, que forma parte de la Historia de la Salvación.

La *lectio* te revelará además, el sentido de tu biografía pasada también como historia de salvación. No será ya una serie inconexa de acontecimientos felices o dolorosos sin sentido o sin conexión entre sí. En tu vida hay misterios gozosos o dolorosos, todos forman parte de tu historia de salvación, todos tienen sentido, y este sentido te lo irá descubriendo la Palabra.

No se trata de que tú, con tu inteligencia, desentrañes el mensaje bíblico. Es la Palabra la que ilumina el misterio de tu vida, pues tú misma, con tu sola inteligencia, no comprendes tu propia vida.

Por supuesto, el principal peligro de la *lectio* está en hacer decir a Dios lo que queramos que diga, manipulando su palabra, engañándonos a nosotros mismos o contraponiéndola al magisterio de la Iglesia. Por eso hay que ser muy cuidadosos y, sobre todo, muy humildes. Porque “*Dios resiste a los soberbios*”, (ST 4, 6) y si endurecemos el corazón, no podremos escuchar hoy su voz. (Cfr.

SAL 95, 7-8)

Un modo de concretar esa humildad puede ser orar cada día con el evangelio o las lecturas que se leen en la misa de ese día. Así se evita ir buscando lo que deseo escuchar o no escuchar según mi estado de ánimo

+ Un método en cuatro pasos

En la oración debe implicarse toda la persona: cuerpo, intelecto, afectividad, espiritualidad... “Con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”. (MT 22,39) Esto se hace gradualmente, hasta que sea toda la persona unificada la que culmina este proceso con la contemplación.

I. *statio* (Momento del cuerpo)

“Cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”. (MT 6,6)

Quizá sea el paso más difícil, pues implica la decisión de abandonar toda otra actividad y dedicar a la oración exclusivamente una hora, o media hora o un tiempo que se haya decidido previamente.

Hay que apagar el móvil, quizá encender una vela y arrodillarse o sentarse ante un icono o un crucifijo. Y, muy despacio, santiguarse. En ese momento ha comenzado tu oración. Tras la señal de la cruz, guarda unos instantes de silencio en tu mente para saborear la presencia de Dios.

Es imprescindible pedir la ayuda del Espíritu Santo para que nos guíe en la oración, pues la oración es un don de Dios que debemos

pedir. Puedes repetir frases del tipo “Espíritu Santo, guíame en la oración” o también aquella petición de los apóstoles “*Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos*”. (Lc 11,1)

Mientras se hacen estas peticiones hay que ir sosegando el espíritu, procurando olvidar o apartar las inquietudes o pensamientos que nos ocupaban antes. Como esto resulta difícil –y, a veces, imposible– puede ayudar repetir con calma alguna oración. A mí me ayuda la del peregrino ruso acompasándola con la respiración, y hay quien hace algún ejercicio de relajación.

II. *lectio*

“... y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley.” (Ne 8,3)

(Al iniciar este momento se puede adoptar una postura más cómoda para leer y escribir.)

Abre tu Biblia con cariño y lee, muy despacio, el evangelio, o el salmo, o la lectura del día. No intentes ver significados ocultos o mensajes entre líneas. Simplemente lee con atención. Vuelve a leer el texto. Cópialo en tu cuaderno de oración con letra cuidada; así, también tu actividad manual entra en oración.

Seguramente habrá unas palabras que te hayan llamado más la atención: quizá un diálogo, o una escena (es bueno imaginar “la película”) quizá una frase de Jesús... Si el texto es largo puedes escribir sólo estos versículos, pero sin olvidar su contexto, ni el contexto de esa lectura que es la Biblia entera. Quizá esas palabras te recuerden a otro pasaje bíblico; consúltalo y cópialo en tu cuaderno si lo crees oportuno.

III. *meditatio* (Momento de la razón)

“Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy.” (Lc 4,21)

En la “*meditatio*” tu razón entra en juego, analizando de qué modo esas palabras en las que te has fijado intuitivamente se cumplen hoy en ti; cómo la Palabra es Palabra de Dios para ti hoy.

Un ejercicio muy apropiado es redactar la carta que Dios te escribe hoy, así, con formato de carta, hablándote él a ti. Esto hay que hacerlo con gran cuidado para no traicionar el texto, viendo por ejemplo, qué verbos aparecen en imperativo o qué cosas promete Jesús o qué sentimientos se critican; y esto con gran objetividad.

A continuación te transcribo un fragmento evangélico y después su correspondiente “*meditatio*” para que te sirva de ejemplo:

“Os aseguro que lloraréis y os la mentaréis vosotros, mientras el mundo estará alegre y vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza porque ha llegado su hora, pero en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada.”

(JN 16,20-25)

Querida Cristina:

Yo no te prometo la felicidad y la alegría del mundo. El mundo se alegra con sus placeres, sus proyectos, sus viajes, sus fiestas, sus amores... y quizá te parece mejor ser del mundo, porque el mundo está

alegre, mientras que tú —precisamente por tu deseo de serme fiel— te has quedado triste y sola.

Eres como una mujer embarazada: le duele la espalda, se cansa, se le hinchan las piernas, duerme mal... mientras que la que ha tomado la pastilla va y viene y disfruta de la alegría del mundo.

No temas al sentir esta tristeza que contrasta con la alegría del mundo. Por eso te digo hoy estas palabras, para que no sientas tu tristeza como culpable, o como consecuencia de no haberme sido fiel, pues no es así, sino al contrario.

Pero tampoco puedes olvidar la causa de tu dolor de espalda, de tu tristeza: es la maravilla de llevar una vida dentro de ti. Es la maravilla de poder decir "...es Cristo quien vive en mi". (Ga 2,21)

Como María.

Y esa causa de tristeza es causa de la alegría futura. Una alegría que nadie te podrá quitar. Una alegría completa. Una alegría que no es como la alegría del mundo que sí se marchita.

Ese día no me preguntarás nada. Pero, hasta entonces, vive con humildad y con paz tu tristeza y tu confusión. No estás sola en ellas. No son algo culpable. Yo sentí esa tristeza y angustia. También la gran santa Teresa de Calcuta. Por eso te digo hoy estas palabras, como también a María se le dijo esta profecía: "Una espada te atravesará el alma". (Lc 2,35) Tampoco ella entendió la respuesta que le di el día del disgusto de mi pérdida en el templo, cuando yo tenía doce años.

Vive tu condición limitada, tu tristeza, con paz. No temas, Yo estoy contigo en tu tristeza. La conozco.

IV. *oratio* (Momento del corazón)

“Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.” (Lc 11,9)

Después de haber leído la carta de Dios se habrán suscitado en tu interior unos sentimientos: de gratitud, de arrepentimiento... quizá sientas la necesidad de pedir algo. Es el momento de responder a esa carta. Escríbela desde tu afectividad; puedes utilizar un lenguaje coloquial, familiar, pues hablas con tu Padre. No estás escribiendo una homilía ni un tratado teológico. También puedes utilizar aquí expresiones tomadas de los salmos o de la escritura (no hay ningún sentimiento humano que sea ajeno a la Palabra, que no se vea en ella reflejado) pero, en cualquier caso, siéntete muy libre.

Te pongo el ejemplo correspondiente al pasaje de antes:

Abba, Padre:

¡Te doy gracias!

Tus palabras me confortan. Gracias porque me conoces aun cuando me recuesto en el abismo oscuro de mi angustia (CFR. SAL 138)
Tú has modelado mi corazón y conoces todos mis sentimientos.
(CFR. SAL 33)

Mantén mi corazón en la humildad, que no me pueda la soberbia de creerme mejor que los no cristianos.

Que no me pueda el desaliento al ver la alegría del mundo, no sea que incline mi corazón a la maldad. (CFR. SAL 125)

V. *contemplatio* (*Momento de toda la persona unificada*)

*“Habla mi amado y me dice:
Levántate, amada mía,
hermosa mía, y vente.”* (Ct 2, 10)

La “contemplatio” es más difícil de explicar: se parece a ese momento en que, después de haber hablado de muchas cosas, la novia apoya su cabeza en el hombro de su novio y ya no se dicen nada porque no hace falta. Simplemente disfrutan de estar juntos, saborean la maravilla de estar juntos... incluso sin pensar nada concreto.

Conviene volver a la posición inicial, arrodillándose o sentándose en el suelo delante del icono... y permanecer en la presencia de Dios, maravillándose del hecho mismo de estar con él, de haber hablado con él.

El rato de “contemplatio” que se te conceda es una gracia. No hay que forzarse obsesivamente a estar más o menos rato sin distraerse como quien aguanta la respiración bajo el agua. Hay que aprender a vivir con paz lo imperfecto de nuestra oración.

Para terminar puedes volver a santiguarte, besar o venerar el icono y apagar la vela.

